

juraciones están expuestos á quedar eclipsados por algunos charlatanes, que se presentarán á adular al pueblo y á apedrear á la nobleza, despues de haber ametrallado al clero. Noble soy, y con sinceridad confieso que no sabria resignarme á departir amigablemente con el populacho y á esperar de su benevolencia la libertad y el pan de cada dia. En una revolucion como la que se prepara corre riesgo el perderlo todo, y yo estoy para conservar algo. Lo mismo creo que os ha de acontecer á vos, pues poseeis bienes, y no habia de agradaros, como á mí no me agradaria, oír las palabras de confiscacion y prescripcion de las «Églogas:»

Hæc mea sunt; veteres, migrate, coloni.

«Poseo y quiero poseer, y es muy posible que la revolucion me lo arrebate todo. Empero hay mas; no tengo remordimientos, aunque sí temores; en el estado de los ánimos en Europa, no quisiera asumir la responsabilidad que puede llevar á José Mazzini al Capitolio. ¡Mazzini en el Capitolio! y pensar que al suceder esto, Nubius, mi amigo, seria precipitado desde la roca Tarpéyá, ó yaceria en el olvido! Hé ahí la pesadilla que me agobia y que creo se realizaria á satisfacer la casualidad los deseos que abrigais. ¿Es posible que semejante perspectiva os halague?»

La ruda franqueza que se nota en el anterior estilo es quizá la única objecion que puede formularse contra la veracidad de la procedencia que se le atribuye; empero es preciso confesar que los apóstoles de la nueva idea tenían la virtud de la integridad, y se abrian francamente unos á otros los mas recónditos secretos del corazón. Poco nos importa por otra parte examinar si es la mano de Gaetano la que trazó el cuadro que acaba de contemplarse, sabiendo que, cualquiera que sea su autor, en él se ha descrito perfectamente el destino de la revolucion y la situacion del mundo cuando la exaltacion de Pio IX á la silla romana.

El volcan estaba cargado, y los primeros latidos de su explosion advirtieron á los que habian edificado sobre su cráter las bases del porvenir, la negra probabilidad de ser devorados por las llamas, junto con las obras de lo pasado, sus trabajos para el porvenir.

La zapa tenebrosa tenia en el exterior inteligentes colaboradores: Lamennais habia afligido á la Iglesia cayendo, como Lucifer, desde la presidencia de las angélicas inteligencias que pregonaban la gloria de Dios, al abismo de los corazones frenéticos, que, no pudiendo tolerar el freno de la dependencia providencial, muerden el cetro que Dios tiene extendido sobre la tierra para tenerla sujeta. *Las palabras de un creyente, El libro del pueblo y el de la esclavitud moderna*, fueron otras tantas protestas elevadas contra el orden cristiano; manifestaciones pavorosamente elocuentes del espíritu de rebeldía que iban impregnando la atmósfera, de que las muchedumbres respiran, de principios é ideas subversivas. El Pontificado, por órgano de Gregorio XVI, salió á la defensa del orden social combatido junto con el dogmatismo católico; empero la palabra pontificia, que debian acatar y respetar los interesados en conservar las bellezas y armonía de la civilizacion, fue calificada de desáhogo de la intolerancia católica.

En el entre tanto Michelet, Quinet, Sue y una porcion de escritores corrompian, por medio de los excéntricos partos de sus imaginaciones calenturien-

tas, las costumbres públicas, revistiendo las pasiones antisociales con las festivas galas de una venturosa literatura.

El materialismo y el sensualismo fueron los dos sistemas en que se apoyaba el constante ataque á la sublime Religion del Crucificado; y para que en todo brillara la inteligencia que presidia el movimiento extraordinario de los espíritus, y fuera evidente que cuanto sucedia no era obra del acaso revolucionario, sino de una combinacion premeditada, los grandes y mas sostenidos trabajos se hicieron en Italia, privilegiada tierra enaltecida por la soberanía moral de Roma, ciudad de la legislacion justa del universo.

Sentóse como axioma incontrovertible la desgracia incomparable de la Italia, y sobre todo la lamentable desventura del pueblo romano.

Inglaterra, que tenia extendido en el ara del mas cruento sacrificio al pueblo de Irlanda, cuyos hijos emigraban á muchedumbres, desnudos y hambrientos, faltos de fuerza para sobrellevar el peso de la mas hipócrita tiranía, era sorda para oír sus penetrantes gemidos, y manifestaba tener perspicacísimo oído para compadecerse de los tormentos imaginarios del pueblo romano.

El país del agiotismo sentia profundo escrúpulo de conciencia de no intervenir en la emancipacion de los esclavos romanos, y sus diplomáticos, frios como las heladas cúspides de los montes de su patria, iban de corte en corte exhibiendo la ternura de sus corazones, caracterizados habitualmente por el empedernimiento.

El sacrificio de la Irlanda no conmovia á los ministros del moderno humanitarismo; tampoco tenían nada que reclamar contra el fuerte brazo de la Rusia, que sin piedad apretaba contra la Polonia la bárbara argolla de la proscripcion, del envilecimiento y de la muerte. Empero las desventuras de los romanos, su falta de libertad, ¿cómo tolerarlo? ¿Cómo resistir el penetrante acento de Máximo de Azeglio describiendo las desgracias de la Romanía? ¿Cómo no realizar las esperanzas que depositaba en el seno de la Italia César Balba? ¿Cómo no secundar los planes de nacionalidad italiana desarrollados sentimentalmente por Santiago Durando? Y sobre todo, ¿cómo no tomar en consideracion las graves reflexiones y los señalados peligros del *Jesuita secreto* escrito por el abate Gioberti?

Gaetano y Nubius tenían minada la Europa, y solo discutian el momento mas oportuno de aplicar la mecha á la mina; los discípulos de Saint-Simon y Fourier habian poblado la tierra de ateos y comunistas; empero, ¿qué importaba esto? ¿qué motivo de alarma podian entrafñar las sociedades secretas? El verdadero peligro estaba en el jesuitismo; la única temible conjuracion era la que se hacia en nombre de Jesús, y con el espíritu de Jesús. Así lo creian los políticos.

Por aquellos dias, esto es, mientras los poderes se entretenian en tomar precauciones contra *el jesuita secreto*, como el abate Gioberti llamaba á todo hombre dotado de espíritu apostólico; un hombre secreto, que distaba mucho de ser jesuita, Piccolo Tigre, recorria la Europa, arrojando con abundancia nueva semilla de turbulencia, y perfeccionando los trabajos de sus hermanos: la situacion de la Europa le parecia excelente bajo el punto de vista de sus planes; tan excelente, como que escribió á Nubius, en cuyas manos estaba el resorte de la gran maquinaria, entre otras las siguientes líneas: «En todas partes he visto los ánimos preparados y exaltados; en todas partes he oído el

convencimiento de que ha llegado el fin del mundo antiguo y el día de la marcha de los reyes. Todo indica que estamos tocando á la época tan deseada, y ya inevitable, de la caída de los tronos, pues acabo de estudiar en Francia, Suiza, Alemania y hasta en Rusia el trabajo de nuestras sociedades. El asalto que de aquí á pocos años, y quizás dentro de algunos meses, darémos á los príncipes de la tierra, los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y de sus impotentes ejércitos. Señal infalible de victoria es el entusiasmo que reina entre nuestros adictos y la apatía que aletarga á los adversarios.

«Para dar con toda seguridad muerte al mundo antiguo hemos creído que debía de ser extirpado el gérmen católico y cristiano, y vos, con la audacia del genio, os habeis ofrecido para herir en la frente, armado con la honda de un nuevo David, al Goliath pontificio. ¿Cuándo descargaréis el golpe? Tárdate el ver á las sociedades secretas luchando cuerpo á cuerpo con los cardenales del Espíritu Santo.»

Esto escribía uno de los mas activos agentes de la revolucion cosmopolita en 5 de enero de 1846, medio año antes de ser elegido Pio IX para el supremo pontificado.

Hasta aquí hemos presentado en globo la situacion del mundo cuando plugo al cielo darle en señal de predileccion un Papa dotado de extraordinarias cualidades, entre ellas de una fortaleza de espíritu capaz de detener al genio del mal á la mitad de su raudo vuelo; empero, como tenemos á mano abundantes detalles, podemos describir la situacion particular de varias naciones en aquella época. Empecemos por la de

FRANCIA.

El trono de san Luis se hallaba ocupado por Luis Felipe de Orleans, que se habia sentado en él en virtud de uno de los frecuentes motines que en lo que va de siglo se suceden en aquel fogoso pueblo. El Gobierno de los Orleans abrigó siempre un sentimiento de desconfianza respecto á la Iglesia, quizá sin otro motivo que la deferencia justa por esta guardada á los príncipes de la rama primogénita, que á sus títulos tradicionales agregaba el derecho al respeto que se merece una casa que ha tenido augustas víctima inmoladas por la causa de la justicia.

Como siempre acontece, la Religion, aprovechándose de la libertad escrita en los códigos fundamentales de las naciones, desplegaba el espíritu apostólico en todos los terrenos en que legalmente podia desplegarlo; y así la accion disolvente de las sectas mas ó menos íntimamente relacionadas con el Gobierno chocaba con inesperada traba. Sobre todo, en orden á la enseñanza, las doctrinas universitarias se veian contrabalanceadas por el magisterio católico activamente ejercido por las primicias de algunas Órdenes religiosas que emprendian su restauracion en Francia, y entre ellas la *Compañía de Jesús*, que de especial manera ha tomado como á móvil de su conducta la copia de estas palabras en encomio del divino Fundador consignadas en el Evangelio: *Cœpit facere et docere*.

Las pasiones antireligiosas sentian humillar su orgullo, viéndose coartadas por el influjo de las instituciones católicas, cuya impotencia habian congnado como á indiscutible axioma; y dejando á un lado todo escrúpulo y

todo respeto á la libertad, trataron de desembarazar el campo á la accion docente de la universidad, cuyo profesorado en su gran parte abrigaba doctrinas anticatólicas.

En vano el Ministro de Instruccion, Mr. Villemain, habia conseguido que las Cámaras decretaran el que nadie pudiera ejercer el cargo de profesor ó maestro sin prévio juramento de no pertenecer á ninguna corporacion religiosa no aprobada por el Estado; en vano habia extendido esta medida hasta á los vigilantes empleados en los colegios particulares; la sombra de los Jesuitas era el espectro que turbaba constantemente la paz de la universidad; además el artículo 69 de la Carta, concediendo libertad casi ilimitada de enseñanza, era una traba perpétua al monopolio universitario. Los Jesuitas podian aprovecharse en calidad de ciudadanos de los derechos constitucionales, desconcertando de esta manera las maniobras gubernamentales.

Llegó, pues, el día de la gran batalla.

La señal de la batalla fue una interpelacion de Mr. Thiers sobre la legalidad de la existencia de las corporaciones religiosas. Dos horas cumplidas estuvo el ex-ministro de Negocios extranjeros de Luis Felipe diciendo su proceso contra los Jesuitas, acusándolos sin piedad, invocando sobre ellos, si no el rigor de las leyes del despotismo, á lo menos la rígida é ineludible clausura de sus casas y colegios. ¡Cosa particular! el Ministerio francés no se atrevió á impugnar la política intolerante reclamada por Mr. Thiers, y desperdiciando la ocasion oportuna que se le ofrecia de ostentar elevacion de miras y nobleza de sentimientos, se manifestó dispuesto á secundar los deseos del jefe de la oposicion, en tiempo oportuno, admitiendo la siguiente orden del día: «La Cámara, confiando en el Gobierno acerca del cuidado de hacer ejecutar las leyes del país, pasa á la orden del día.»

¡Triunfo! ¡La sociedad francesa quedó salvada! Francia sin Jesuitas y con París amurallado, las dos fases del bello ideal de Mr. Thiers, podia dormirse tranquila; el abismo habia cerrado su boca.

En aquella gran batalla la sociedad católica habia admirado el valor, la entereza, la inteligencia, el celo y entusiasmo religioso de Berryer y Montalembert, apellidado el Jesuita de la Cámara; la razon católica habia triunfado, como no podia menos, en el terreno de la discusion, por mas que la disciplina parlamentaria habia obtenido para el despotismo gubernamental el peso de los números.

La prevencion contra la influencia de la Iglesia era tanta, que el arzobispo de Lyon, el Emo. de Bonald, fue procesado por haber publicado una pastoral condenando las aseveraciones contrarias al honor del sacerdocio, emitidas por Mr. Dupin en su *Manual del derecho público eclesiástico francés*. El tribunal condenó al Arzobispo como reo de abuso de sus atribuciones.

El Obispo de Chartres no pudo contener su celo, y dirigió al Ministro algunas contundentes observaciones que sirven para aclarar la situacion de aquel reino en la época que nos ocupa. «¡Qué contraste! decia aquel memorable Prelado; acusais á un obispo católico porque defiende el honor y los derechos del sacerdocio, y teneis á Mr. Michelet, que, enseñando en nombre del Estado, moja en el mas negro veneno su furibunda pluma, publica contra el clero y contra los Pontífices las mas infames calumnias, dirige invectivas, blasfema con la pasion mas exaltada, excita el odio y la rabia contra los ministros de la Religion en hombres capaces de todo, y esto en una ciudad in-

mensa donde humea todavía la sangre del 2 de setiembre. Pues ¿qué? ¿no somos también nosotros una clase de personas? Y esta clase respetada por quince siglos ¿no ha tenido ninguna parte en la grandeza y en el renombre de la patria?»

El miedo á los Jesuitas y la confianza en los carbonarios caracterizaban la situación de Francia al tomar Pío IX las llaves de san Pedro.

Veamos la situación de

ALEMANIA.

Desde la reforma del siglo XVI la Alemania se encuentra dividida en dos grandes centros religiosos; el que conserva el espíritu de las antiguas tradiciones, y el que siguiendo la corriente de las ideas protestantes mantiene la agitación en el campo de las doctrinas, que no puede menos de trascender al de la moral.

Austria y Prusia han representado en estos últimos tiempos las dos tendencias alemanas, bien que, por desgracia, la primera ha sido menos consecuente que la segunda con los principios por la misma conservados.

Al subir Pío IX al trono pontificio los negocios religiosos del Austria se encontraban en el más lamentable desorden; las relaciones con Roma casi interrumpidas, pues, gracias á los trabajos de la incredulidad y del maquiavellismo político, se hallaban desatendidos los fundamentales deberes de una nación católica.

Las sociedades secretas habían corrompido la opinión pública, y tenían preparada la insurrección general, que estalló en 1848, y puso el trono á las orillas del abismo.

El Emperador otorgó al pueblo trascendentales concesiones, y cuando después se creyó indispensable reanudar las relaciones con la Santa Sede, fue preciso celebrar un nuevo Concordato.

De todos modos, la situación del Austria en el período que nos ocupa no era satisfactoria; en cambio, si el Austria, cuya casa representaba los intereses católicos de Alemania, cedía terreno bajo la presión de las contrarias corrientes, la Prusia se esforzaba en dar unidad y vida á los elementos protestantes.

Constituyó y alentó al efecto la sociedad llamada de Gustavo Adolfo, que tiene por objeto compaginar en lo posible las diversas tendencias religiosas que caben en el seno de la Reforma. Las universidades alemanas enviaron algunos de sus más distinguidos profesores á deliberar sobre los medios de establecer la unidad de acción. Y si bien es imposible la verdadera unidad en una sociedad protestante, el contacto de las eminencias de las sectas había de facilitar el acuerdo sobre el método de sostener la lucha con los principios católicos que en el corazón de la misma Prusia eran valerosamente defendidos.

Un dato apreciable tenemos para juzgar debidamente el estado de la disolución de las inteligencias en aquellas regiones.

Fundóse en Prusia una asociación con el objeto de *propagar la filosofía hegeliana*, bajo la dirección de Mr. Macheineck, pastor de la Iglesia evangélica. Imposible parece que un pastor de una Iglesia que al fin cree en la revelación y en la divinidad de JESUCRISTO se interesara en el progreso de un sistema filosófico que desvirtúa la idea misma de la Divinidad, considerando

á Dios como el producto de las ideas del hombre, haciendo á Dios criatura de la creación.

«De esperar es, decía el periódico órgano de la nueva y vasta asociación, que este congreso filosófico, al que son llamados todos los adictos á las doctrinas de Hegel, obre con una actividad tal, que convenza al mundo de que esta filosofía se ha hecho un poder capaz de producir grandes y saludables efectos.»

Sin embargo, la doctrina hegeliana no podía obrar nada provechoso, como quiera que, basada exclusivamente en el absurdo y en la utopía, abandona el espíritu á las vicisitudes y vacilaciones, consecuentes á la falta de luz y apoyo.

Á consecuencia de este abandono, el racionalismo puro y seco hizo alarmantes progresos; con el título de *Amigos de las luces* formóse una asociación cuyo objeto era oponerse á toda religión primitiva. No faltaron hombres caracterizados entre el clero evangélico que asumieron la responsabilidad del magisterio racionalista. Los pastores Wislicenus de Magdeburgo, Uhlich de Halle y Rupp de Koenisberg se constituyeron los apóstoles que proclamaron alto la negación de todo lo sobrenatural. El Dr. Rupp predicó una serie de conferencias contra el sínodo de san Atanasio, y en uno de sus sermones tomó por idea culminante la envuelta en estas palabras: «No os inquietéis por la eternidad, pues no existe tal cosa.» Wislicenus publicó un tratado para demostrar que la razón y no la Escritura debía ser la regla de fe del cristiano; el Dr. Vischer, profesor de Tubinga, declaró en un discurso de apertura de los cursos de su universidad que «combatiría sin tregua el Cristianismo, religión gastada.» Las municipalidades de Berlin, Koenisberg y Breslau, dirigieron exposiciones al Rey, pidiendo cesaran las persecuciones contra los racionalistas, puesto que decían aquellas corporaciones que el racionalismo es la verdad, siéndolo el que «la Biblia no es en sí misma la base de la fe evangélica.»

Tales frutos producían las ideas hegelianas.

La Alemania entera, como puede presumirse, ofrecía el cuadro de divisiones lamentables y desórdenes gravísimos. Las sectas protestantes, inclusa la de los *pietistas*, reclamaban unánimes la separación de la Iglesia y del Estado, pues se había apoderado de ellas la más radical desconfianza. Los sínodos celebrados en Baviera, Wurtemberg y otros Estados del Rin formularon exposiciones en este sentido. Los Gobiernos, para sostener con las sectas las relaciones consecuentes á la soberanía religiosa, se empeñaban en sostener los antiguos sínodos y las caducadas liturgias; empero no podía contrapesar el ardor de la opinión pública mantenido por el exagerado entusiasmo del roncismo.

En el entre tanto la Iglesia católica debía sufrir con pena el que el Rey de Hannover prohibiese el Catecismo escrito por el obispo romano Hildesheim, é hiciera aprobar por sus Cámaras legislativas un código penal severísimo contra los eclesiásticos que no obedecieran á todos los edictos ministeriales en el ejercicio de sus funciones; se veía forzada á presenciar como en el reino de Sajonia se consideraba como una conspiración contra el Estado la santa y piadosa asociación de oraciones para la conversión de los pecadores, bajo la advocación del Sagrado Corazón de María, y como se formaba un riguroso proceso contra una pobre anciana, solo por haberse descubierto que llevaba colgado el escapulario de la Virgen; se veía forzada á contemplar como en el gran du-

cado de Hesse se privaba de toda función eclesiástica á los sacerdotes ordenados en Roma, y se ejercía coacción al Obispo de Fulda para que les retirara las licencias ministeriales, y como en el gran ducado de Baden se declaraban nulas las disposiciones adoptadas por el Arzobispo de Friburgo, conforme á las decisiones de la Santa Sede, relativamente á los matrimonios mixtos entre católicos y protestantes, amenazando con severas penas á los sacerdotes que obedecieran á su obispo y á los cánones eclesiásticos; se veía forzada á presentarse en el reino de Wurtemberg que no se permitía tomar posesión de nuevos curatos á los sacerdotes católicos, sin que antes jurasen seguir las órdenes del Gobierno con preferencia á las disposiciones de la Iglesia en el caso de conflicto entre ambas potestades.

Como se ve por los anteriores hechos, y podría verse todavía con mayor luz por la exposición de muchos otros, la Alemania presentaba un campo vastísimo al celo é inteligencia del Pontífice supremo.

No se ocultó á Pío IX la verdadera situación de aquellos pueblos que han sido siempre objeto de su especial solicitud, porque nadie desconoce que la Alemania influye mucho en la región de las doctrinas, gracias al carácter meditado y al espíritu filosófico que distingue á sus pensadores.

LA SUIZA.

El Catolicismo era blanco en aquel país de una persecución arbitraria; atropellando los artículos fundamentales del Pacto federal, gracias á las instigaciones de los Estados protestantes, se habían suprimido varios conventos en el de Argovia, alarmando de esta manera á los católicos de toda la Confederación, que veían con este atropello socavada la garantía moral que el Pacto ofrecía á sus derechos. Friburgo, Lucerna, Uri, Schwitz, Unterwald, Zug, Valais y Appenzel protestaron con energía; empero los cantones protestantes se vanagloriaban de ejercer la soberanía del número.

En 1844 planteóse en la Dieta la cuestión de la expulsión de los Jesuitas, que sostenían la instrucción pública en los cantones católicos, con beneplácito de los millares de familias que les tenían confiados los hijos. Todo indicó desde un principio que los asuntos tomarían desde luego terrible sesgo.

Al conocer los proyectos del radicalismo, decía el Gobierno del cantón del Valais: «Impotente el radicalismo para derribar de un solo golpe el edificio católico, le mina á la sordina con golpes aislados; camina á su fin sacrilego destruyendo una tras otra las instituciones religiosas que son el baluarte de nuestras antiguas creencias. Propónese hacer de los cantones católicos un pueblo esclavo, un pueblo sin fe. Empero se engaña. Todavía corre hirviendo por nuestras venas la sangre de nuestros padres. Nuestra religión es nuestra vida; los derechos de la Iglesia son nuestros derechos, y por ella y por nuestra independencia estamos resueltos á sacrificarlo todo.»

Como un diputado por la Argovia osara decir: «Un solo jesuita basta para oscurecer y desmoralizar á todo un pueblo,» el Sr. Courten, diputado por el Valais, le contestó: «Venid al Valais para obligarnos, y seréis recibidos á tiros.»

Los cantones de Berna y de Lucerna ardían en entusiasmo. Diez mil hombres armados se lanzaron sobre este último cantón para ar-

rancar la última esperanza de los lucernenses, arrebatándoles la institución que más cara les era; empero Lucerna no dormía.

Los radicales encontraron un muro inexpugnable en los pechos de los católicos, que con la decisión de los mártires salieron á la defensa de los intereses y derechos de su Iglesia. Jamás la fe y la libertad tuvieron soldados más escogidos y heroicos. Peleando por la justicia, vencieron. Seiscientos cadáveres quedaron esparcidos por aquellos derrumbaderos, y mil quinientos prisioneros fueron el trofeo del más glorioso triunfo de las armas católicas.

Sin embargo, los adversarios del progreso religioso no se descorazonaron; promovieron tempestades sucesivas en la Dieta general, y á pesar del Pacto federal del año 1815, en el que se sancionaba la más omnimoda libertad religiosa, se decretó la guerra á las instituciones religiosas que florecían en los cantones católicos.

Semejante transgresión exaltó los ánimos y produjo sangrientas escenas, cuyo definitivo resultado fué desconsolador para los intereses de la Iglesia.

Tal era la situación de la Suiza al subir á la cátedra pontificia Pío IX.

Las pasiones excitadas por el radicalismo hervían; los derechos sancionados estaban en el peligro más inminente; la atmósfera, cargada de nubarrones siniestros, empezaba á descargar las chispas destructoras sobre la obra de Dios. La fuerza y el mayor número prevalecían contra el derecho y la justicia.

Veamos lo que acontecía en

INGLATERRA.

Mientras la Francia, que se envanece de ser considerada como hija primogénita de la Iglesia, era teatro de las más escandalosas escenas, y el sostenimiento de los errores enciclopédicos continuaba la obra de perversión de los entendimientos, y los corazones se corrompían con toda clase de escritos sensualistas, operábase en Inglaterra, país privilegiado del protestantismo, una grata reacción religiosa.

En 1846, año de la exaltación de Pío IX, el puseísmo realizaba la misión providencial de acompañar al seno de la Iglesia de Dios á muchos hombres científicos y meditados que habían permanecido alejados de la verdad. Las importantes confesiones de la escuela de Pusey sobre la tradición y la eficacia y carácter sobrenatural de los Sacramentos; el respeto con que eran por aquella tratadas las ceremonias de la Iglesia católica, era el camino que Dios abría á las almas vacilantes para dirigirse al santuario de la verdadera fe.

El Catolicismo era estudiado con imparcialidad, y de ahí que fuesen innumerables las conversiones cada día obradas.

Las instituciones religiosas resucitaban en aquel suelo en el que tantos frutos habían producido antes de la Reforma; y la libertad inglesa, justo es confesarlo, menos pusilánime que la democracia suiza, veía sin zozobra establecerse la Compañía de Jesús.

«Pocas personas se han apercibido, decía el cardenal Wissemán en el solemne acto de la inauguración de un nuevo templo católico, de las comunidades religiosas que se han fundado en Inglaterra en el transcurso de seis años. Diez y nueve conventos de monjas se han edificado nuevamente en nuestra patria, y, excepto uno solo, los demás pertenecen á Órdenes diferen-

tes á las que ya teníamos; igualmente se han edificado nueve casas de religiosos, de modo que en menos de seis años cerca de treinta nuevas comunidades han pisado nuestra tierra para consuelo de la Iglesia católica.»

La propaganda católica alcanzaba al mismo tiempo sorprendente favor.

Solo en Derby en un breve período de tiempo se imprimieron y vendieron dos millones de volúmenes católicos. La cuestión religiosa preocupaba privilegiadamente la atención de los pensadores.

Por otra parte, el Gobierno había entrado en una senda de laudable tolerancia.

Lord Aberdeen, ministro que era de Negocios extranjeros en Londres, recibió en audiencia particular á Mons. di Pietri, representante de la Santa Silla en Portugal; dando el espectáculo de un ministro del protestantismo conferenciando con un personaje oficial de la Iglesia católica. No se ocultaba á nadie el proyecto que abrigaba el Gabinete Peel de nombrar un representante británico en Roma, al paso que daba fundadas esperanzas la adopción por aquel Gobierno del bill de lord Beaumont, por el que se derogaban del código penal inglés varias disposiciones vejatorias contra los derechos de los católicos.

El culto católico desplegaba una magnificencia desconocida desde la Reforma, elevándose al verdadero Dios templos suntuosos, que eran á la vez obras admirables por el arte, y mas admirables aun por el tiempo en que habían sido erigidas.

No intentamos significar por esto que la causa católica triunfara en Inglaterra; el protestantismo está allí muy arraigado para que basten algunos años de propaganda, por mas activa que sea, para arrancarle la abdicación de su supremacía; empero los hechos indicados demuestran que la Iglesia tenía ya superadas dificultades inmensas, y que había conseguido lo que á ella mas interesaba, esto es, hacerse oír.

Las defecciones de las filas del clero anglicano eran cada día mas frecuentes, y la Iglesia católica abría á menudo sus puertas á los miembros mas edificantes y sábios. En menos de tres años diez y nueve individuos de la universidad de Oxford habían abrazado la fe católica; «de modo, decia *El Examiner*, periódico anglicano, que ya no es necesario pensar en establecer una universidad católica, como había prometido Roberto Peel al cerrar el Parlamento, pues, continuaba aquel periódico «la universidad de Oxford no es ya menos católica, si es que no lo sea mas, que el noviciado de Mainooth.»

Todos estos detalles dejaban presumir que rigiendo la Iglesia de Dios un Pontífice del valor, de la empresa y de la prudencia del que iba á regirla, la Inglaterra sería el campo donde el celo pontificio obraría estupendos prodigios, como en efecto Pío IX, según mas adelante veremos, allí los realizó.

RUSIA.

El imperio ruso tiene el brazo constantemente levantado para martirizar á cuanto amenace la soberanía espiritual del Czar, que es la clave del actual orden de cosas en los países á que se extiende. La Iglesia católica se halla bajo la presión de los agentes del moscovismo, quienes miran con natural recelo todo lo que pueda directa ó indirectamente contribuir á dar influencia á los súbditos espirituales del Papa.

La época que nos ocupa no fue por cierto de las mas tranquilas para los fieles á la Iglesia romana.

Todas las antiguas disposiciones del Gobierno ruso contrarias á la disciplina eclesiástica permanecían en su vigor: absoluta era la prohibición á los obispos de relacionarse con Roma; absoluta la prohibición á los prelados de las regiones polaco-rusas de admitir alumnos en sus seminarios, de educarlos para las Órdenes, conferirles beneficios y ejercer acto alguno de jurisdicción sin preceder la vénia del ministro del Czar, que es lo mismo que decir: la Iglesia católica en Rusia, según la ley, está bajo la absoluta dependencia de un ministro moscovita; absoluta la autoridad con que el Gobierno arrebató al culto católico templos y edificios que legítimamente poseía para entregarlos al ministerio de la religion dominante; absoluta la interdicción impuesta por el Emperador á los sacerdotes católicos de bautizar á los niños de matrimonios mixtos, como también de admitir nunca á la comunión á cualquiera que una sola vez haya participado del rito griego-ruso; absoluta la tiranía con que se decretaba la confiscación de los bienes del que abandonara la religion dominante; absoluta la disposición que prohibía á las autoridades católico-romanas recibir demandas y conocer de las causas de separación conyugal, juzgadas por el alto sínodo griego-ruso; absoluto el úkase imperial que disponía, contra equidad y justicia, que *todos los bienes inmuebles poblados por labradores arrendatarios de ellos, que hasta entonces habían pertenecido al clero del culto extranjero de las provincias occidentales, pasaran bajo la regencia del Ministerio de dominios nacionales*; absoluto el capricho con que el Emperador, sin ponerse de acuerdo con la Santa Silla, elegía obispos católicos para determinadas vacantes.

Gregorio XVI en los últimos años de su pontificado tenía por objetivo principal de sus desvelos la situación religiosa de los súbditos católicos del imperio moscovita. La célebre exposición publicada por la Secretaría de Estado de aquel gran Papa es un documento histórico de la mas alta importancia, cuya lectura demuestra hasta dónde puede llegar la perfidia de la preocupación y del fanatismo de los sectarios.

Verdad es que personalmente el Emperador de Rusia tenía extraordinarias deferencias á Gregorio XVI, y que en su viaje á Roma le dió testimonios de una veneración sorprendente; empero la benevolencia del hombre al hombre no trascendía al Emperador respecto al Pontífice.

La persecución del clero y de los seglares católicos distinguidos era cada día mas ardiente; sobre todo la intolerancia se hacia insoportable en las provincias polacas.

En fin, todo indicaba que la prudencia, el tacto, la piedad del jóven Pontífice que en 1846 empuñó el timón de la nave Iglesia, encontraría allí anchuroso horizonte para ejercitar dignamente su incomparable ministerio.

Rusia era un magnífico campo para desplegarse la inmensa caridad de la querúbica alma de Pío IX. La historia dirá cómo realmente supo cumplir allí su elevadísima misión.

ESPAÑA.

Nuestra religiosa nación, desengañada por unos cuantos años de alardes impíos y de clamores anticatólicos, atravesaba felizmente un período de repa-